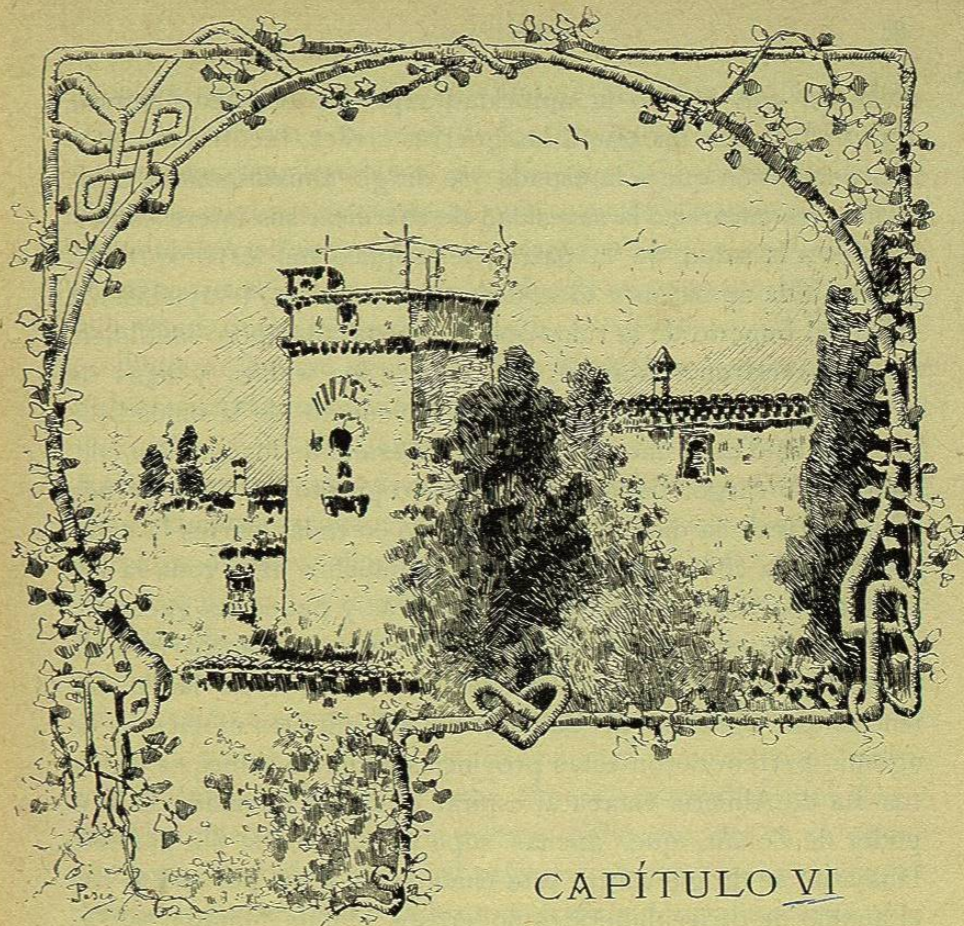


lera el alcázar y lo hubieran quemado á no ser por la generosidad de algunos jinetes ahmerides.

No bastaron, sin embargo, tantas ventajas para que el omiade pudiese recobrar el puesto que pertenecía á su familia. Durante los últimos acontecimientos de la corte había bajado con su ejército hacia Granada con el objeto de destruir á Zawyy y á Djilfeya, á quienes había Kasem enviado últimamente nuevas tropas; dió con ellos al llegar á la Vega, trabó la batalla, y se echó con tal ímpetu sobre la infantería bereber, que ésta no pudo menos de volver la espalda y huir desalentada por la inmensidad de la llanura. No pudo, empero, gozar de su victoria: una flecha mal disparada le derribó ya muerto de su caballo, mientras le daban la noticia de que sus tropas iban acosando al enemigo.

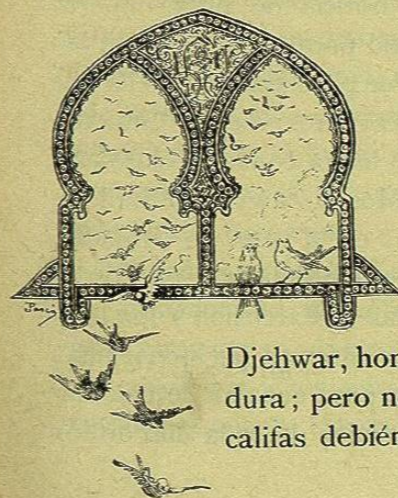
Tras este desgraciado combate es fácil conjeturar lo que sería del agonizante Califato. Después del corto reinado de otros dos omiades que se disputaron á mano armada el trono, fué acogido de nuevo en Córdoba Yahyah, aquel hijo de Aly que entró en España contra Kasem á la cabeza de sus negros africanos; y fué este Yahyah el último califa que tiñó con su sangre el suelo de estas provincias. Ciego de enojo contra el walí de Sevilla, que se negó á reconocer su autoridad, mandó que marchasen sobre esta ciudad los alcaides de Jerez, Málaga, Arcos y Sidonia, se les incorporó con la tropa y caballería de Córdoba, partió con ellos por el camino de Ronda, y al tropezar con el orgulloso walí, que le había salido al encuentro, cargó tan inconsideradamente sobre él, que dejándose coger en una emboscada perdió á un tiempo la corona y la vida, cayendo cadáver en poder de su adversario, que hizo de su cabeza una copa recamada de oro y pedrería para beber como los héroes escandinavos en el cráneo de un enemigo.



## CAPÍTULO VI

Reyes que hubo en estas provincias después de la caída del Califato

DE 1041 Á 1091



MUERTO Yahyah, subió al trono de Córdoba Hescham III, con el cual vino á fenecer el Califato. Tras él apoderóse del gobierno su hadjeb Djehwar, hombre de excelente corazón y gran cordura; pero no ejerció ya el poder absoluto de los califas debiéndose limitar á ser presidente de un

diván en que residió la autoridad suprema. Ansiaba Djehwar ante todo poner término á las guerras civiles, recurriendo más á la persuasión que á la espada: se dirigió amistosamente á los walíes, les encareció la necesidad de sacrificar sus intereses personales á la salud de la patria, les suplicó con fervor que, depuesta toda ambición y todo deseo de venganza, le ayudasen á salvar el Imperio de la ruina que le amenazaba; pero inútilmente. Despreciaron sus avisos los más de los walíes, y lejos de procurar como él deseaba el restablecimiento de la unidad pública, trabajó cada uno por hacerse soberano de los pueblos confiados á su cargo. Cada provincia tuvo pronto un emir y cada emir un rival; la discordia civil levantó en todas partes la cabeza; creció la confusión, y fué durante muchos años toda la España árabe víctima de atroces venganzas y pequeñas guerras.

En este estado de cosas, procedente en gran parte de la desacertada conducta de Almanzor y sobre todo de las turbulencias que agitaron al Califato en sus últimos momentos de agonía, pertenecieron estas provincias á cuatro príncipes distintos. La de Almería estaba al espirar el último omniade bajo el poder de Zohair, que, apenas supo la muerte de su pariente Hhayrán, se dirigió contra esta ciudad y la tomó por asalto con el auxilio de otros ahmerides poderosos; la de Málaga bajo el de Edris-ben-Aly, que, al recibir la noticia de haber muerto Yahyah en la jornada de Ronda, partió para la ciudad que bañan Guadalhorce y Guadalmedina, y fué proclamado en ella por los jeques reunidos príncipe de los creyentes; la de Granada bajo el de Habus-ben-Maksan, á quien había confiado el gobierno de aquel pequeño reino su tío Abu-Mosny-Zawyy-ben-Balkyn, el que peleó en favor de los hamuditas en la vega de Granada; la de Jaén bajo el de Djewar, el ilustre jefe del diván de Córdoba. No tenían entonces estas provincias la extensión y los límites que ahora, ni pertenecían todas por entero á las monarquías recién constituídas; pero no hay datos para señalar de una manera fija el término, el límite, los dominios de cada uno de los

cuatro príncipes. Se sabe que Habus no poseía más que el territorio de Elvira y el norte de las Alpujarras, que Edris dominaba todas las vertientes meridionales de esta misma sierra hasta los confines de Almería y el espacio de costa que media entre Motril y Tarifa; pero no es posible asegurar qué es lo que constituía el reino de Zohair, ni hasta qué pueblos de Jaén se extendía la jurisdicción de Córdoba.

Durante la vida de esos emires ó sahebes apenas terciaron estas reducidas monarquías en otra guerra que en la del walí de Sevilla y el de Carmona, á quien favorecieron Habus y Edris; pero á la muerte de cada uno de ellos sobrevinieron desgraciadamente luchas civiles que volvieron á envolverlas en los horrores de otros tiempos. Al fallecimiento del de Málaga el esclavón Nadjad, que gobernaba en Ceuta, sabedor de que había sido elegido emir el hijo de Yahyah Edris II, y deseoso de que ocupara el lugar de éste el joven Hasán por cuya suerte futura no hubiera perdonado sacrificio, confió precipitadamente su plaza á otro caudillo de su misma raza, reunió tropas, partió con Hasán para la ciudad cuyo imperio pretendía, desembarcó en ella, peleó y encendió la guerra. Salió vencido en su primer encuentro con el general del príncipe elegido; pero cabiéndole aún guarecerse dentro de los muros de la Alcazaba, cuyas puertas le abrió la traición, no sólo pudo resistir por mucho tiempo á las fuerzas de sus enemigos, sino que fatigándolos todos los días con refriegas en que solía llevar la mejor parte, alcanzó por medio de una capitulación volver honrosamente á Ceuta y dejar junto á Yahyah-ben-Edris de wasir á un íntimo amigo suyo llamado el Schetaifa, que debía favorecer más allá su aventurada empresa.

Era este esclavón Nadjah hombre temible: dotado de grande ambición no encontraba nunca obstáculos insuperables, y para alcanzar su objeto habría pasado sobre el cadáver de sus propios hijos. Dos años después de su salida de la Alcazaba asesinó al mismo Hasán por cuya prosperidad parecía afanarse

tanto, asesinó según algunos al hijo de este desventurado joven, juntó de nuevo sus parciales, armó ejército y escuadra, pasó á Málaga, y apoderándose por asalto de todas las fortalezas que tenía la ciudad, logró encarcelar en su propia estancia al mismo emir, cuya muerte estuvo desde luego premeditando. Debió, como es de suponer, á el Schetaifa el buen éxito de su invasión; pero no logró gozar por mucho tiempo del fruto de su alevosía. Noticioso de que Mohamed-ben-Kasem, deudo del cautivo Edris, estaba juntando contra él en Algeciras numerosas tropas, creyó oportuno salirle al encuentro con sus esclavones; y al retroceder á Málaga, deseoso de quitar de en medio al emir, fué muerto á lanzadas por algunos jeques y caudillos malagueños que salieron con él á campaña. Perecieron él y diez de sus mejores soldados; murió en manos del pueblo Schetaifa, origen de esta última guerra; murieron tras él infinitos parciales suyos, y hubieran muerto quizá todos á no haber detenido los pasos de la muchedumbre Yahyah-ben-Edris, á quien acababan de sacar del alcázar y estaban llevando por la ciudad en triunfo.

Era, sin embargo, Edris un príncipe sin fortuna. Había sido desde el principio de su reinado uno de los más firmes aliados del walí de Carmona, con el cual estaba en guerra abierta el de Sevilla; y por este hecho se había atraído el odio de este último, que no cesaba en cuanto podía de poner en alarma sus fronteras. Derrotado el de Carmona en su misma ciudad, pasó de nuevo á Málaga pidiéndole apoyo contra su común enemigo. Salieron contra éste ambos príncipes, pelearon en distintos campos, procuraron con todo ahínco el rescate de Carmona, lucharon hasta ver agotadas sus fuerzas; mas no pudiendo alcanzar victoria alguna que pudiese dar por resultado el cumplimiento de sus pretensiones, se vieron obligados á retirarse, dejando preponderante al de Sevilla. Recibió Edris á su vuelta á Málaga un aviso confidencial de Habus sobre la conducta de su wasir Muza: díjosele que aunque éste le mostraba cariño, estaba en inteligencia con sus enemigos, y hasta se le aconsejó que pro-

curase quitarle del medio, si no quería morir víctima de una infame alevosía. Temeroso con esta amenaza, no tardó en deshacerse del wasir, que enviado á Habus para que éste premiara sus servicios, fué á perder la cabeza en la ciudad de Granada; pero muy pronto debió sentir también los efectos de muerte tan imprudente como traidora. Tuvo que salir á la sazón para Ronda, donde estaba peleando Habus contra las tropas de Sevilla; y vió dentro de pocos días invadido su reino por Mohamed de Algeciras, que, ardiendo en deseos de vengar á su primo Muza, voló á Málaga á la cabeza de gran número de africanos, entró en ella sin encontrar apenas resistencia, hizo suya la guarnición de la Alcazaba, y fué proclamado emir por las fuerzas de uno y otro bando. Pudo aún entonces vencer, favorecido por el vecindario de la ciudad que se armó contra los negros, logrando encerrarlos en la Alcazaba y ponerles riguroso bloqueo; bajó con celeridad á Málaga, formalizó más y más el cerco, y entrando en pacto con los africanos, prendió á Mohamed, que se le entregó al verse abandonado por los suyos. Pudo aún más: se apoderó de las posesiones de su emir cautivo: se apoderó de Algeciras, se apoderó de Tánger, se apoderó de Ceuta, y se hizo desde entonces más temible al de Sevilla, que no pudo dejar de mirar con envidia y hasta con ira el inesperado ensanche de sus dominios y el aumento que experimentó su ejército con el alistamiento voluntario de la mayor parte de los negros que habían acompañado en la última campaña al príncipe vencido. ¿Le aseguró, empero, sus estados tan gran victoria? Lleno de generosidad, perdonó la vida á Mohamed, y se contentó con enviarle á la fortaleza africana de Hisn Airasch; y fué ese mismo Mohamed el que se encumbró al fin sobre su ruina. Estaba ya anciano y muy desfallecido cuando oyó un día rugir en torno suyo á la muchedumbre airada; no se sintió con fuerzas para luchar y tuvo que ceder mal de su grado la corona que durante muchos años había sabido sostener contra toda clase de enemigos. Mohamed, cuya vida estuvo en sus manos, le sucedió